

## Una luna roja

Aún no logro comprender la manera en que se pueden realizar los cálculos astronómicos para determinar la hora precisa en que se habrán de producir los eclipses lunares. Sin duda es una ciencia cierta que me ha atraído desde siempre, cada vez que en las noches despejadas puedo apreciar la inmensidad del universo.

Sin duda alguna nuestros antepasados habitantes tendrían una y mil discusiones acerca de aquellos íconos celestiales que iluminan desde siempre los confines. Los atributos benignos y malignos que se les asignarían deberían ser de cotidiana ocurrencia, más aún que en la soledad de la pampa o del campamento, mucho más no había que hacer que, echarse en la hierba y observar el firmamento.

Mirar a los cielos es atractivo, más aún cuando se nos aparece alguna estrella fugaz, o cuando detectamos el paso de un satélite, y, mejor todavía cuando podemos gozar de un espectáculo como lo fue esta pasada noche de la luna roja. Nublado y todo, tuvimos la oportunidad de verla, fotografiarla y admirarnos del poder de la Creación.

Pero aquí quiero detenerme, pues a pesar de nuestra limitación visual, aumentada por la presencia de catalejos y telescopios que, en Magallanes, permiten tener una mejor visión, mientras más nos acercamos a ella, más interrogantes nos comienzan a asaltar.

Nuestra Luna nos observa desde siempre con una cara inamovible sin que la lluvia de meteoritos que marcan su superficie haya podido, siquiera, sacarla de esa órbita, o al menos hacerla girar aunque sea algunos grados. ¡Qué raro! ¿No? Si acá en la Tierra un simple terremoto es capaz de modificar el ángulo de los polos, ¿Por qué un impacto como el más grosero de los que se ve no fue capaz de hacerla girar, al menos, un poquito?

Además, conforme a lo que los astrólogos han descubierto, si un impacto, como los que han afectado a la Luna, llegase a la Tierra, no sólo desaparecería todo en ella, como alguna vez aconteció, sino que además el agujero por el impacto como los que se observan de los cráteres de Copérnico, Platón o Tycho, serían de varios kilómetros de profundidad. En la Luna, esos impactos son superficiales, desintegrando la roca cual abanico de varios miles de kilómetros, pero nada más. ¡Qué raro! ¿No?

Nuestra Luna, puesta en escena como una guardiana de las noches, cada vez que se cruza delante del Sol nos entrega una postal impresionante, al cubrir a pesar de las distancias, en una perspectiva ideal al circular Astro Rey, como si fueran ambas monedas de un mismo tamaño. ¡Que fenomenal coincidencia! Da para pensar mucho en las noches magallánicas.